

PANEGÍRICO

DE LOS SANTOS ABDÓN Y SENÉN

ABOGADOS CONTRA LAS TEMPESTADES, RAYOS Y LA PIEDRA.

*Laudemus viros gloriosos et parentes
nostros... multam gloriam fecit Dominus.
Alabemos á los varones ilustres, á nues-
tros mayores; mucha gloria redundo al
Señor.*

(ECCL. XLIV, v. 1)

Es práctica muy loable invocar á los santos en nuestras aflicciones; no he dicho bastante: es dogma inconcuso y firme de la religión, que aquellas almas privilegiadas, á las cuales Dios comunicó en este mundo una parte de su poder y soberanía, conservan en el Cielo este mismo valimiento; y si en la tierra obraron prodigios y maravillas como lugartenientes del Altísimo, en la gloria gozan los mismos y aún mas extendidos fueros, como cordiales amigos é íntimos confidentes de aquel eterno Monarca, que es admirable en sus santos. Sentada esta doctrina, ya podemos entrar á formar el panegírico de los dos grandes santos, á quienes consagramos esta solemnisísima fiesta en profestacion de nuestra gratitud y en agradecimiento de sus beneficios. Hablo, oyentes míos, de los dos esclarecidos hermanos en Cristo, Abdón y Senén, en quienes los labradores tienen puesta su confianza para el logro y recolección de las cosechas, que tanto contribuyen á la paz, al sosiego, á la tranquilidad y al bienestar de sus casas y familias.

Alabemos, decía el *Eclesiástico*, alabemos á los varones gloriosos nuestros progenitores y patriarcas, pues por su santidad y virtud hemos alcanzado de Dios los más grandes beneficios. Alabemos á Enoch, á Noé, á Abrahán, á Isaac y á Jacob; al uno por su penitencia, al otro por su justicia, á este por su fé, á aquel por su obediencia, á estotro por su misericordia. Alabemos á cuantos estuvieron llenos del espíritu de Dios y caminaron en sus preceptos; pues en atencion

á sus méritos hemos recibido singularísimas gracias, hemos quebrantado las cadenas de nuestros enemigos, hemos sacudido el yugo de nuestros opresores, nos hemos visto libres de las plagas de la tierra y de las iras del Cielo. Así habla Jesús, hijo de Sirac, lleno de amor y respeto á aquellos varones santos, que le precedieron y que fueron toda la fuerza y apoyo del pueblo de Israel. Y así hablo yo también en este día, á cuantos tienen puesta su confianza en sus verdaderos padres y poderosos patronos Abdón y Senén, por cuyo mérito han recibido y esperan recibir millares de mercedes y bendiciones del Cielo. El Señor ha manifestado su gloria en estos santos. La manifestó en su martirio, y la ha manifestado en su patrocinio. La manifestó en su martirio, revistiéndolos de una fortaleza invencible; la ha manifestado en su patrocinio, dándoles amplios poderes á favor de sus devotos. Ellos fueron acérrimos defensores de la fé de Jesucristo y ellos son celosos defensores de los hijos de la Iglesia, muy particularmente de los labradores, de quienes son especiales abogados. Sobre estos dos puntos versará mi oración. Pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

Los emperadores romanos, lisonjeados de una fortuna constantemente risueña, aspiraron á dominar el universo; y llevaron la fama y el terror de su nombre y de sus armas, no solo á las provincias limítrofes y cercanas, la Germania, la Grecia, la Dalmacia, la Galia, la Batavia y la Panonia, sino hasta la Siria, el Egipto, la Iberia, la Media, la Partia y la Persia: es decir, desde el ocaso del sol hasta su oriente. A esta última nación, por naturaleza guerrera, hizo una expedición y famosa jornada en el siglo III. el emperador Decio, tan celoso de su gloria como de su religión pagana. Sus armas tuvieron felices resultados, y toda la Persia hubo de someterse al yugo de los romanos y sufrir los horribles estragos del hierro y del acero. Ufano Decio con la victoria, quiso dar á Roma un espectáculo plausible y lisonjero, llevando atados á su carroza triunfal los principales personajes de la nación subyugada; y entre estos prisioneros de clase, de calidad y de mérito, fueron también nuestros ilustres santos Abdón y Senén, como caballeros distinguidos y de la primera nobleza. Dios los tenía destinados en sus eternos consejos para asiros de primera magnitud en el Cielo de su Iglesia.

Como Abdón y Senén habían de ser testigos fieles de la ley de Jesucristo, dispuso la divina Providencia, que, desde niños, abrazasen la religión cristiana en un país, en donde reinaba la más ciega superstición y las más densas nieblas del error. A la manera que la

estrella matutina se levanta de en medio de la niebla, y una fragante rosa brota de entre punzantes espinas; así, estos dos ilustres persas se dejaron ver como fenómenos raros en el país de su naturaleza, generalmente supersticioso é idólatra, y se declararon discípulos de una escuela diametralmente opuesta en doctrina y dogmas á la creencia de sus compatriotas. Era menester á la verdad firmeza para sostener este carácter; pero Abdón y Senén lo sostuvieron con dignidad, á pesar de las contradicciones del mundo, del demonio y de la carne. Eran cristianos, no de solo nombre, como lo suelen ser muchos, sino en espíritu y en verdad; y todo su estudio era el libro sagrado de la doctrina evangélica, no solo para saber las máximas que prescribe, sino para practicarlas. Su conducta era la más religiosa, sus costumbres irreprochables, su vida inmaculada, sus palabras medidas y circunspectas; su conversacion ejemplar y edificante; su trato liso y sencillo, la modestia en el rostro, la verdad en los lábios, el recato en la vista, la limpieza en las manos; huyendo como de un veneno de cuanto pudiese manchar su cuerpo y alma, de amistades ruinosas, de concurrencias libertinas, de mesas opíparas, de juegos, de saraos, de fiestas profanas, en que tantas heridas recibe la inocencia; y en fin, ellos eran unos cristianos verdaderos, que con solo su porte confundían á los gentiles. No es fácil calcular los servicios que estos hombres prestaron á la Iglesia, y cuántos de aquellos idólatras y paganos abrieron los ojos á la luz, abandonaron la extravagancia de sus ritos y de su secta, y tomaron partido en las banderas del Crucificado al poderoso ejemplo de nuestros Santos. Ellos eran incansables en las obras de piedad, iris de paz en las discordias, oráculos de resolución en las dudas, ángeles de consejo en los negocios más arduos, lazos de unión en los matrimonios, mediadores en los litigios, consoladores en los reverses é infortunios, y nubes benéficas que sobre todos derramaban rocíos de beneficencia.

No se contentaron estos hijos de Abrahán con ejercer la hospitalidad con el peregrino, alargar la mano para socorrer al pobre, remediar necesidades públicas y secretas con largos donativos y cuantiosas limosnas, sino que pusieron por obra el proyecto de vender todos sus bienes, sus fincas y posesiones para el alivio de la humanidad afligida, sin retener más que la esperanza en Dios, juzgándose más ricos con esta joya que con sus tesoros materiales. No puede desearse más bella disposición para dar la vida por Cristo, pues nunca morirá corporalmente por el Señor de la Gloria el que no hubiere muerto espiritualmente á los deseos codiciosos de la tierra.

Vedlos ya caminar á Roma, cargados de grillos y cadenas, más gozosos que el esposo entra en el día de sus bodas. Entregados á una tropa de crueles soldados sufren los mayores oprobios, insultos, escarnios, improperios y ludibrios: padecen hambre, sed, desnudez, calores, fríos y todas las inclemencias, sin que estos rigurosos tratamientos cansen su paciencia, ni abran brecha en el muro de su constancia.

Ha Decio altamente complacido con el botín de tales prisioneros, y quiso ostentar la pompa de su triunfo con el presente de dos esclavos persas, que hacían profesión de la religion cristiana. El era enemigo jurado del Cristianismo, y no podia sufrir en su presencia á ningun atrevido que despreciase el culto de sus deidades. Con malos competidores vés á medir tus fuerzas, soberbio príncipe: ellos no estiman en un ardite ni tu poder, ni tus armas, y mucho ménos tu falsa religion é infame secta: son discípulos de Jesucristo, y lo serán á pesar de tus maquinaciones, de tus empeños y de toda la cólera del Infierno. Ve si á fuerza de tormentos vences su fortaleza: no les vayas con promesas, halagos ni caricias, porque serán en vano: ya conocen el veneno que llevan los ofrecimientos. Discurre suplicios, potros, catastas y ruedas, que tambien burlarán tus bárbaros conatos. El primer paso de Decio fué entregarlos á Claudio, para que les hiciese algunas tentativas y amigables reconvenções. Este sacerdote inmundo levanta un altar y una ara; y colocando algunos simulacros de Júpiter, de Vénus y de Marte, les ruega, les persuade, les insta, á que se postren y adoren aquellos ídolos, con lo cual ganarán la gracia del César, la libertad y la vida. ¿Qué viene á ser esto de Marte, de Vénus y de Júpiter? le preguntan los Santos. ¿Qué delirios teneis metidos en la cabeza? ¿Quién os ha trastornado el seso? ¿No teneis vergüenza de adorar á estas fútiles divinidades? ¿Es posible, que hombres que se tienen por sensatos y juiciosos, den en tales extravagancias, y hagan autores del Cielo y de la tierra, de la virtud y de la felicidad á un Marte cruel y sanguinario, á una Vénus lasciva y disoluta, á un Júpiter adúltero y mentecato? Así deshonorais la razon y la humanidad con estas necias invenciones, que no son más que obras de los demonios ó fábulas caprichosas, que solo tienen sér en la dementada fantasia de los poetas? ¿Qué gracia es esa del emperador que nos prometéis? Si él no puede escapar al juicio de Dios que le amenaza, y un fuego abrasador ha de ser el pago de sus malas obras; ¿cómo podrá hacernos felices y dichosos y asegurar nuestro eterno descanso? Nosotros no queremos la gracia de los hombres, tan falaz como ellos mismos: solo queremos la gracia de nuestro

Dios y Señor, criador de cielos y tierra, única recompensa de nuestros trabajos, y único objeto de todos nuestros deseos. ¿Pudo darse confesion más lustre?

Desairado, vencido y abochornado el pontífice Claudio, entró el prefecto Valeriano revestido de autoridad judiciaria, con rostro sañudo, con vista torva, con pecho cruel y entrañas malignas; y viendo que la suavidad y la blandura no surtían efecto alguno, los condenó á la diabólica diversion del anfiteatro, exponiéndolos á las fieras para que los hiciesen mil pedazos. Pensaba el malvado, que las bestias serian tan crueles é inhumanas como él, y no sabia que si el Cielo se declara por la inocencia, todo el Infierno junto no puede dañar al justo. De las jaulas de hierro en que estaban encerrados, saltaron dos leones ferocísimos y cuatro terribles osos hambrientos y voraces, los cuales en un momento hubiesen destrozado, desmenuzado y devorado los cuerpos de los indefensos atletas. Pero ¡oh Dios! y ¡cuánto es vuestro poder! ¡cuánto el amor y el cuidado que teneis de vuestros siervos! Aquellas fieras irritadas, léjos de cebarse en la carne de los mártires, léjos de ejercer su bravura y ferocidad con los caballeros de Cristo, se les rindieron, se echaron á sus piés, los lamieron, los halagaron é hicieron con ellos coro en las divinas alabanzas que no cesaban de entonar nuestros dos Santos. Valeriano rabiaba, se mordía, se desgrenaaba, y se ponía furioso al ver aquel espectáculo tan sorprendente y tan raro, capaz de desengañar á otro que no fuese Valeriano; y concibiendo nuevas iras, nuevos furoros y una rabia ferina, atribuyendo el portentoso á encanto, mandó á los verdugos que desnudasen á los reos, y que con varas, látigos y correas rematadas en bolas de plomo, los azotasen crudamente y sin piedad hasta que exhalsasen el alma en el tormento. Los satélites del tirano desfogaban toda su saña contra los inocentes: las carnes caen á pedazos, les rompen los huesos, les rasgan las venas y arterias, la sangre corre en arroyos, caen en tierra por la debilidad y la flaqueza; pero el ánimo está más firme que una roca; se rien de los azotes, desafían á los verdugos, cantan himnos al Altísimo, levantan los ojos al Cielo, ven la corona que les están tejiendo los ángeles, y nada más desean que volar á la mansion eterna. El juez, despechado y aburrido, quiere hacer la última prueba, y presentada una estatua del sol, les dice que se arrodillen y le ofrezcan uaos granos de incienso. Abdón y Senén escupan al ídolo en la cara y escarnecen á aquella deidad ficticia. Valeriano pierde la paciencia, se le apura el sufrimiento; y haciendo seña á la soldadesca, desenvaina dos los aceros, y á repetidos tajos y estocadas acaba con aquellas vidas que merecian durar eternida-

des. Pero, no quiso Dios privarlos de esta corona de gloria que tenían tan justamente merecida; y cerrando los ojos á la luz de este mundo los abrieron á aquella luz increada, que los hará felices por los siglos sempiternos. Este es un toco diseño de las virtudes y martirio de nuestros Santos, en quienes Dios manifestó su gloria y su magnificencia; y no ménos la ha manifestado en el poder que les ha concedido á favor de sus devotos, con especialidad de los labradores:

Convengo desde luego en los grandes encomios que dán á la agricultura todos los escritores. He leído mucho de lo que nos dicean los antiguos y modernos: sé que la tierra es la sustentadora de la vida humana, y en sus entrañas está el manantial de las riquezas y el verdadero fondo del comercio y de la prosperidad. Pero no convengo con ellos en las felicidades que ponderan en la vida rural y campesina: ellos tienen la vida del labrador por dulce, placentera y deleitosa; y yo la tengo por amarga, pesada y fatigosa, expuesta á calores, á frios y á todas las inclemencias del tiempo. Cierto que el labrador está libre del estruendo, intrigas, dolos, falacias y malignos manejos de las grandes poblaciones; que ocupado y embebido en sus tareas no dá en mil escollos y pasos resbaladizos, ni respira el aire emponzoñado que exhala la Babilonia del mundo, y es consecuencia forzosa del ócio, de la molición, del juego, de los teatros y otros semilleros del desórden; pero, en su misma casa, en sus mismas labores, en sus mismos afanes y faenas, tiene mil enemigos que le combaten, mil cordeles que le ahogan, mil verdugos que le martirizan. Si el cultivo de los campos se tomara por diversion y recreo, y no dependiera de él la subsistencia, sería sin duda gustosa y lisonjera la vida rústica. Pero en qué apuros no se ve el pobre terrateniente, el colono, el arrendador, que ha de sacar de la tierra las expensas metidas en ella, el pago del dueño y el mantenimiento de la propia familia? Un daño oculto y un vicio imperceptible en la simiente; una mala coyuntura en la labor, que huye el alcance de los más expertos; una pululación imprevista de gusanos é insectos nocivos; la abundancia de malezas, cizañas y yerbas inútiles, que sofocan el sembrado; un viento cálido de malignas impresiones, que agosta el tallo, la caña y la espiga; una niebla húmeda y permanente, que impide la madurez y granazon; un pesado chochorno, que arrebatá los frutos en flor; una langosta, que todo lo roe y lo tala; una sequía, que todo lo esteriliza, lo consume, abrasa y aniquila; hé ahí un ejército de enemigos que combaten al labrador en sus faenas.

Empero, el contrario más temible, la fiera más cruel, la plaga más triste y desconsoladora es la que destruye en pocos momentos lo

que le ha costado al labrador muchos meses, ó todo el discurso del año. Ya entendeis que hablo de una tempestad deshecha, de una tormenta furiosa, que trae consigo un cúmulo de calamidades y un torrente de desdichas, de que vosotros sois buenos testigos. A mí, por mi estado y mi destino, no me tocan directamente todos los estragos de esta furia; y, sin embargo, me lleno de temblor y de espanto cuando veo la atmósfera encapotada de nubes negras, cenicientas, que amenazan á nuestras cabezas y anuncian la prostracion y ruina de las mieses sembradas. Este es un dolor que llega al alma, pues en un momento se pierden todos los afanes de un año, se pasa de un extremo á otro, de la alegría á la tristeza, de la esperanza que prometian los frutos al abatimiento que causa su malogro: el labrador se allige, ve arruinada su casa, agotados sus recursos, sin medios de corresponder al amo, de solventar sus deudas y mantener la familia. Cuando estaba para recoger sus granos, los ve convertidos en paja; y lo que habia de enjugar el sudor de su frente acrecienta las lágrimas de sus ojos.

Os he puesto de manifiesto, hermanos míos, este cuadro de tristeza, pero de verdad, para sacar de ahí una consecuencia moral y legítima: que el labrador, sobre todos los empleos y profesiones, es el que más pende del favor y asistencia del Cielo, porque si el Señor no edifica la casa, en vano trabajarán otras manos para levantarla. Si el Señor no bendice la tierra, no dará ésta sino malezas y espinas; porque ni el que planta ni el que riega va'e para nada, sino solo Dios, que dá el incremento y hace útil el plantío y el riego. Por lo mismo, los agricultores se ven como precisados á levantar los ojos al Cielo y pedir el auxilio de lo alto; se ven precisados á rogar, á suplicar, á instar que el Señor favorezca sus fatigas, y dé feliz terminación á sus tareas. Yo no sé por qué secreto destino de la Providencia, se le han dado al labrador por abogados los santos mártires Abdón y Senén; pero ello es cierto, que todo el mundo cristiano los invoca en esta parte, y todos se hacen lenguas de los favores y beneficios que reciben de sus manos. Todas las clases y todos los estados tienen sus modelos, sus asilos, sus protectores del mismo estado y profesion, á quienes se encomiendan en sus apuros. Los reyes tienen á los Enriquez, á los Fernandos, á los Luises; los eclesiásticos á los Ambrosios, Gregorios, Jerónimos, Agustinos; los navegantes á los Nicolaos y los Telmos; los médicos á los Cosmes y á los Damianes; los guerreros á los Santiagos, Jorjes y Martinés; y los religiosos á los patriarcas de sus respectivas órdenes, Benitos, Brunos, Bernardos, Domingos y Franciscos; tambien los labradores tienen

sus ejemplares en los Raimados, Pascuales, Albertos, Isidros y muchos otros. á quienes parece debían tomar por patronos y abogados que defendiesen su causa. Pero no es así; S. Abdón y S. Senén se han levantado con la preferencia; y el comun consentimiento de los fieles, la aprobacion de la Iglesia, la universalidad del culto, la voz de todas las naciones, especialmente de la española, donde se multiplican sus fiestas, se les dedican templos, se les consagran altares y capillas, se los lleva por las calles y plazas en procesion y en triunfo, nos dán á entender claramente, que Dios gusta de estas demostraciones piadosas en honor de sus grandes amigos, y que ellos han de ser los fiadores de la prosperidad agraria y los principales defensores de los frutos de la tierra contra las iras del Cielo.

Dije, que no sabia el origen de tantos obsequios y respetos como les tributa el gremio de labradores; pero me retraxo de lo dicho, pues sé, que há más de secientos años, que angustiados varios pueblos, y con especialidad la villa de Arlés, inmediata á Cataluña, por las inundaciones que anegaban el término; por las continuas tempestades que destruían las huertas y los campos; por los repetidos destrozos que ocasionaban las piedras y los granizos, y reducian los moradores al extremo de la indigencia; no tuvieron otro recurso que pedir al soberano Pontífice las reliquias de estos Santos, por consejo y mediacion de un devoto abad del órden de S. Benito. Se concede libremente la súplica. llegan al principado aquellos huesos venerables, y los acompañan una cadena de prodigios. Se tocan por sí mismas las campanas, se sosiegan los vientos, calman los mares, se amansan las fieras, huyen los demonios; se disipan los nublados, se serena el cielo, se purifica el aire, cesan los estragos de la piedra, vuelven la fertilidad y la abundancia, se regocujan las gentes, se publican las maravillas; la fama corre por reinos y provincias, y todos los labradores de consuno, se declaran por parciales y devotos de Abdón y Senén en sus conflictos. ¿Y no alabaré yo vuestra conducta en la invocacion de estos Santos y no os animaré á esta devocion cristiana, que ya está radicada de tiempo inmemorial? Dios todo lo puede por sí mismo; pero gusta de dispensar sus favores y sus gracias por la intercesion y empeño de sus escogidos. Ni tampoco dudo, que en mil ocasiones habreis merecido justamente el azote y el castigo del Señor por vuestras ingravidudes y vuestras fragilidades, y que los santos mártires habrán presentado sus ruegos al tribunal del juez, y habrán doblado la vara de su justicia, convirtiéndola en cetro de piedad y de clemencia.

No dudo que estos vuestros abogados os hayan alcanzado la salud

en enfermedades ejecutivas, el alivio en agudos dolores, la pureza del aire en infecciones contagiosas el consuelo en los ahogos cuando estaba cerrada la puerta á la esperanza, la conservacion de la vida en inminentes peligros de perderla, y la defensa del término en huracanes, inundaciones, tormentas y tempestades, y en todas las plagas del Cielo y de la tierra; cuando otros paises; quizás con méros motivo, han sentido el peso del brazo soberano y todo el rigor del azote de Dios. La Iglesia católica, no solo aprueba, si que tambien excita, estimula y persuade la invocacion de los santos como un poderoso medio de reconciliacion con Dios; y lo mismo es acudir los fieles á la proteccion y amparo de alguno de los bienaventurados que reinan con Cristo, que al punto, representarse esta súplica y hacer como un toque en el espejo de la Divinidad, en que todos se miran, y tomar un particular interés en el favorable despacho de la demanda aquel santo y escogido á quien vá dirigida y ordenada. En S. Abdón y S. Senén, Dios manifestó su gloria y su magnificencia, adornándolos de mil dones y virtudes, de fé, de esperanza, de valor, de fortaleza, para confesar á cara descubierta su santo nombre, para oponerse y resistir á la rabia de los tiranos, para dejarse despedazar por Cristo, para padecer y morir por la religion cristiana, entrar triunfantes en la Jerusalén celestial con la aureola del martirio, que es el blason más ilustre de su corona. Les ha dado además la inspeccion, la defensa y el amparo de todos sus clientes, tanto en el alma, como en el cuerpo, para que los asistan, los acompañen, los protejan y los defiendan de todos sus enemigos, de las tramas del demonio, de los engaños del mundo, de los insultos de la carne, y de cuantos obstáculos se opongan á su eterna salud; y en lo temporal los ha constituido centinelas vigilantes de los pueblos, muros de paz y seguridad, ángeles tutelares de los labradores, encargados de los campos y de las huertas, de la fertilidad de la tierra, de la abundancia de los frutos y cosechas, y cuanto concierne al bienestar y felicidad de las familias. Solo nos piden estos grandes Santos, que los honremos de corazon y de alma, con espíritu recto, con manos limpias, con conciencia pura, con pensamientos, palabras, obras y deseos nuevos y celestiales. Este es el único medio de merecer su patrocinio en esta vida, y el único medio para hacerles despues compañía en la eternidad de la gloria, que os deseo.